Rudolf Steiner predijo la aparición de las Vacas Locas

Bien saben ustedes que existen animales que se comportan como vegetarianos sin tacha.
Ciertos animales no comen carne.

Tomemos el ejemplo de nuestras vacas, que no comen carne. Los caballos tampoco tienen avidez por la carne, sólo comen vegetales.

Así pues, hay que darse cuenta de que el animal no se conforma con engullir el alimento, sino que también se desembaraza permanentemente de lo que se halla en su cuerpo.
Ustedes saben, por ejemplo, que los pájaros mudan las plumas. Pierden su plumaje y lo tienen que sustituir por nuevas plumas. Saben que los ciervos pierden sus cuernas. Ustedes mismos, después de cortarse las uñas comprueban que crecen. Pero lo que aparece en estos casos de modo tan visible, ¡se desarrolla de forma constate! Eliminamos continuamente nuestra piel. Ya lo he comentado antes. Y en el espacio de siete u ocho años hemos eliminado todo nuestro cuerpo, lo hemos sustituido por un cuerpo nuevo. En los animales ocurre lo mismo.

Detengámonos un poco en una vaca o un buey: algunos años más tarde, la carne que está en él ha cambiado completamente. En el ser humano la situación es poco diferente respecto a la del buey: la regeneración es más rápida en el buey. Por tanto su carne está regenerada.
¿Pero qué hay en el origen de esta carne? Eso es lo que deben ustedes preguntar. En su origen hay materias vegetales puras. El mismo bóvido produce su carne a partir de materias vegetales. Esto es lo más importante de lo que hay que darse cuenta. Por tanto el cuerpo animal es capaz de transformar los vegetales en carne. Ustedes pueden cocer una col tanto tiempo como quieran, pero no obtendrán carne. Poniendo la col en la sartén o en la cazuela, no se transformará en carne más de lo que lo hará un pastel. Por tanto no hay técnica que permita esta transformación. En resumen, lo que no puede hacer la técnica se hace en el cuerpo del animal. En el cuerpo del animal simplemente se produce carne. Pero las fuerzas necesarias para esta operación deben hallarse previamente en el cuerpo. Entre todas las fuerzas de la técnica de que disponemos, no están las que permiten transformar los vegetales en carne. No las tenemos. Por tanto nuestro cuerpo y el cuerpo del animal contienen las fuerzas capaces de transformar las sustancias vegetales, los materiales vegetales, en materiales cárnicos.

Vean una planta que se halla en un campo o en un prado. Hasta ahora las fuerzas han actuado, han hecho crecer las hojas verdes, las bayas, etc. Supongan que una vaca come esta planta. Una vaca o un buey que la coma la

transformará en carne. Esto significa que el buey posee las fuerzas que le permiten transformar la planta en carne.

Imaginen que al buey le entran ganas de decir «Ya he paseado bastante y de no hacer sino arrancar estas hierbas. Otro animal lo podría hacer por mí. ¡Me voy a comer a este animal!» Y el buey se pone a comer carne.
¡Sin embargo es capaz de fabricar por sí mismo carne! Él dispone de las fuerzas que se lo permiten.

¿Qué pasaría si, en vez de vegetales, el buey se pusiera a comer carne? Pues que todas las fuerzas que podría producir la carne en él se hallarían ociosas.

Tomen cualquier fábrica que produzca cualquier cosa y supongan que no produce nada, pero que ponen toda la fábrica en marcha. Imaginen el despilfarro de fuerzas que podría haber. Se desperdiciaría una fuerza considerable. Pues bien, la fuerza que se despilfarra en el cuerpo del animal no se puede disipar así como así. Al buey le desborda esta fuerza: ella no hace en él otra cosa que transformar en materiales cárnicos los materiales vegetales.
Esta fuerza mora, está ahí, pero actúa de otro modo en él. Y lo que hace en él produce todo tipo de desechos. En vez de carne, fabricaría sustancias perjudiciales. El buey se llenaría de todo tipo de materiales perjudiciales fabricados si se convirtiera repentinamente en carnívoro. Se llenaría concretamente de ácido úrico y urato.

El urato tiene costumbres particulares: debilidad por el sistema nervioso y el cerebro. Si el buey comiese directamente carne, resultaría una secreción de urato en cantidad enorme, el urato iría al cerebro y el buey enloquecería. Si pudiéramos experimentar con alimentar todo un rebaño de bueyes dándoles de repente palomas, obtendríamos un rebaño de bueyes completamente locos. Eso es lo que pasaría. A pesar de la dulzura de las palomas, los bueyes se volverían locos...

Dr. Rudolf Steiner
Fragmento de la conferencia del 13 de enero de 1923 en Dornach, dada a los obreros que construían el Goetheanum. Número del catálogo de obras completas: GA 348. Publicada en 1983 en Ginebra por Editions Anthroposophiques Romandes, con el título “Santé et maladie”